

te. «Este Niño ha venido para la muerte y la resurrección de muchos en Israel: será el blanco de las contradicciones; y vos misma, cuando se habrá descornado el velo de los pensamientos de muchos, tendreis el alma traspasada de dolor como por la punta acerada de un cuchillo.»

A estas palabras se reveló á los ojos de la Madre el triste y horroroso cuadro del porvenir. Las aciagas palabras de Simeon, dice el historiador de María, repetidamente citado, hicieron encorvar su cabeza como un viento de tempestad; y su corazón, en el cual pasaba una escena muda de martirio, experimentó una cosa semejante al contacto de un hierro candente, que se hundiera lentamente en carne viva y chorreante. ¿Qué sería de nosotros si pudiéramos ver con anticipación las tormentas terribles que han de destrozarnos nuestro pecho? Dios nos ha ocultado lo futuro, para que el aspecto lejano del infortunio no arrojase hiel sobre los momentos presentes, y no prolongase indefinidamente nuestros martirios, aun ántes de sufrirlos. Este velo de incertidumbre, que nos hace ménos infelices, se alzó para crucificar el alma de María, y se le dió á beber en todos los instantes de su vida la copa envenenada del dolor. Ya en aquel momento aceptó el cielo el sacrificio interior que le hizo la Madre de la vida del Hijo: ya entónces fué grande en su dolor á los ojos de Dios la heroína del Calvario. «No solamente, dice San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino también los justos, los ancianos de Israel hacen brillar esta verdad. Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una vírgen concibe, una mujer estéril pare, un mudo habla, Elizabeth profetiza, un mago adora, un niño en el seno materno salta de gozo, una viuda confiesa esta maravilla, y el justo la espera.»

Lo que conmovió de júbilo y de fervor á un santo viejo y una pobre viuda, Simeon y Ana, no hizo la menor impresión en el pecho endurecido é indiferente de los sacerdotes y doctores

que se hallaban en el templo, y á cuyos ojos carnales la luz de Israel no era más que una columna de tinieblas. Corrompidos sus corazones por el amor al oro, y obcecados sus entendimientos con el orgullo, los príncipes de la Sinagoga habían degenerado de la noble sencillez y fervor de sus predecesores. Este momento solemne, vaticinado por Ageo, pasó para ellos desapercibido. Ejercían sus funciones sagradas por pura costumbre ó por ambición, y tal vez los mismos labios que allí maquinalmente cantaban himnos de alabanza al Eterno, debían gritar más tarde: *¡Reo es de muerte! ¡Crucifícadle!*

El recuerdo de esos maravillosos sucesos y del día en que se verificaron, está consagrado por una fiesta fijada en el día segundo de Febrero, y fué por largo tiempo solemnizada en todo el orbe católico con el mismo descanso que el día del Señor, y aun así la solemniza en el día la católica España.

Apénas hubieron tenido su cumplimiento estos misterios, y poco tiempo despues que los dos santos esposos con su hijo habían regresado á Galilea; Dios, que no quería dejar abandonado al divino niño á la suspicaz crueldad de Heródes, dió á entender á José, que debía huir á una región extranjera. «Levántate le dijo un ángel, toma al Niño y á su Madre, huye á Egipto, y permanece allí hasta tanto que yo te avise, pues Heródes va en busca del Niño con intención de darle la muerte.» Azorado José, se levanta, va á interrumpir el tranquilo sueño de María, que dormía junto á la cuna de su Hijo; la cual, haciéndose cargo de lo terrible de su posición, se dió prisa en verificar en pocos momentos los preparativos para la marcha. En medio de la noche, en una estación helada, al través de caminos ó sendas ásperas y solitarias, apartadas de las habitaciones de los hombres, por entre las honduras de los valles y las espesuras de los bosques y por veredas peñascosas y difíciles, es como deben emprender su camino los santos esposos. A José, como jefe de la familia, es á quien comunicó el ángel las órdenes del Señor. No envidió María esta preferencia, ni aun le ocurrió esta idea;

aunque parecia que la órden del cielo debia dirigirse mas bien á ella, pues, en cierto sentido, era mas digna de este favor que José; el Niño pertenecia á ella sola, y en él debia interesarse mas vivamente que José. Y si María no recibia sola el celeste mensaje, ¿no podia el ángel del Señor darle este aviso al mismo tiempo que á José? Hé aquí las reflexiones que hubiera hecho consigo mismo una alma ménos perfecta que la de María, y susceptible de amor propio. Pero ella no las hizo, y nos enseña á no hacerlas en ocasion semejante, y á recibir con respeto las órdenes del cielo por cualquier camino que se digne instruirnos. Mas ¿qué motivo para ejercitar la fé de María! ¿Su Hijo, el Hijo del Altísimo es perseguido de muerte, y es preciso procurar su seguridad como la de un niño cualquiera! ¿No tiene Dios bastante poder para sustraerlo á la crueldad de Heródes, sin necesidad de huir? ¿No tiene en sus manos el corazon de este tirano atroz? ¿No es el árbitro de su vida? ¿Cómo un infante, cual Jesus, para quien el cielo debiera prodigar los milagros, ha de correr los peligros y los inconvenientes de una huida precipitada á una tierra estraña? ¿No era muy natural que ocurrieran á María estos y muchos otros semejantes pensamientos? ¿Debia ella esperar, atendidas las magníficas promesas del ángel, que su Hijo, apénas nacido, estaria expuesto á perecer bajo el cuchillo de un perseguidor?

De otra parte, ¿qué asilo buscarán en Egipto, en un país desconocido? ¿Cómo subsistir allí? María es pobre: no tiene otro recurso que el trabajo de José. ¿Y cómo podrá ejercer un oficio y hallar las proporciones necesarias? Es una tierra de idolatría, en donde los judíos, adoradores del verdadero Dios, son aborrecidos del pueblo. ¿Qué destierro! ¿A qué terribles extremos vamos á vernos reducidos! Y á mas ¿cuánto tiempo durará este destierro? El ángel no lo ha dicho, y en esto nos ha dejado en la incertidumbre mas cruel. ¿Qué prueba para una madre tal como María, y para la madre de un hijo tal como Jesus!

Motivos eran estos sin duda para sumir á María en la mas violenta turbacion, si hubiese estado ménos abandonada á Dios, y

ménos confiada en los paternales cuidados de su Providencia. Mas ella no tuvo la menor inquietud voluntaria, ni para ella ni para su Hijo. Sufrió todo lo que debia hacerla sufrir en este lance la ternura maternal, pero su virtud no vaciló por esta prueba. Obedeció y partió de noche con José, teniendo el Niño entre sus brazos; al paso que su esposo comprendió muy bien, que no habiendo llegado todavía el momento solemne de la manifestación de Cristo, Dios queria salvarlo de las asechanzas de Heródes, por medios sacados de la simple prudencia humana.

Aunque realmente la tradicion, como dice el moderno historiador de María, calla sobre la mayor parte de este interesante y peligroso itinerario, es indudable que los Santos viajeros tuvieron que hacer largas y penosas marchas de dia y de noche, aprovechándose para descansar de las espesuras de los bosques ó del mal seguro abrigo de las cavernas. Parece, segun el recuerdo tradicional, que ántes de salir de la Palestina, hicieron tránsito por Belen, que era como el cráter del volcan de cuya explosion huían; tal vez para proveerse de lo necesario, ó para asociarse á alguna caravana que les condujera por los desiertos de la Siria. Segun los eruditos cálculos de los cronologistas, partieron de Gaza les tres caminantes, atravesando los abrasados arenales del desierto, atormentados de sed y de cansancio, pasando las noches sobre esteras de junco y entre la languidez del calor y el soplo helado de la noche.....!

Al fin, despues de mas de cien leguas de viaje, se les ofreció la vista de Egipto, "esa antigua cuna de todos los conocimientos y de todas las idolatrías, con sus obeliscos, sus templos, sus pirámides colosales." Pero este país, por soberbio y rico que apareciese, no era su patria, ¡era el suelo del destierro! Parece que este suelo se conmovió bajo las tiernas plantas del desterrado de Galilea, y como si este hubiese querido reconocer la hospitalidad que en él habia encontrado, dejando allí un gérmen fecundo de fé y de caridad. Los antiguos dejaron escrito que los árboles se ajitaron, ó encorvaron sus ramas al pasar el Dios oculto, que los

ídolos vacilaron sobre sus aras y cayeron hechos pedazos. Lo que hay de cierto es, que Egipto prestó á la predicacion evangélica un oído mas dócil que la mayor parte de las otras regiones del mundo, y que allí se vieron florecer rápidamente y con brillo inaudito todas las virtudes del cristianismo. Aquel era como el jardín de la Iglesia primitiva, en donde los mártires, los anacoretas y los doctores, á manera de flores radiosas, derramaban á gran distancia la suavidad de los mas vivos perfumes.

Escritores del cuarto siglo, apoyándose en respetadas tradiciones, dicen que el Señor habia penetrado hasta Hermópolis, la patria de Moisés, á mas de doscientas leguas de Jerusalem: José y María atravesaron la ciudad del Sol, y se dirijieron á Matarich, lindo pueblo, abundante de regaladas sombras y con un manantial de agua dulce.

Entre tanto Heródes, habiendo esperado inútilmente á los magos, conoció que le habian burlado, y bramó de coraje. Impelido ademas por su habitual suspicacia, y naturalmente cruel hasta el punto de no perdonar á sus propios hijos, cometió una inhumanidad que ha quedado famosa aun entre los mismos paganos. Envió gente armada para hacer perecer á todos los niños de dos años abajo en Belen y en todos sus contornos, esperando alcanzar con este general degüello al que se habian atrevido á saludar como Rey de los judíos. Este fué el cumplimiento de aquella palabra de Jeremías: "Oyóse en Roma una voz, llantos y alaridos lamentables; Raquel lloraba á sus hijos, y no quiso recibir consuelo, por que ya no son." Pero la crueldad de Heródes fué inútil, ya porque el Rey de los judíos estaba fuera del alcance de su espada, ya porque iba tambien él mismo á sucumbir, no llevándose consigo otra cosa mas que el horror y la execracion de sus contemporáneos. La historia ha conservado el dicho del emperador Augusto, cuando supo la trágica ejecucion de Belen; y la Iglesia, fiel á la memoria de todos aquellos que son víctimas de la fuerza brutal y que sufren por la justicia, honra como mártires á los inocentes que cayeron bajo la espada de Heródes.

Pocas escenas de horror y de bárbarie manchan las páginas de los anales del mundo, comparables á la que presentan en este dia los fastos del naciente cristianismo. Los hijos de Zoroastro, los tres sábios de Babilonia habian pasado por Jerusalem, y habian preguntado al tirano que ocupaba entónces el trono de Judea, en dónde estaba el recién nacido Rey de los judíos. Turbada la mente del déspota que temblaba siempre sobre su sólio, inquieto su sombrío pensamiento y devorada por la ambicion su negra alma, concibió un proyecto de seguridad que hace estremecer las entrañas y degrada hasta el último punto la condicion humana. El ejemplo de la cruel Atalía, que por haber olvidado un niño en la cuna en la mortandad de la familia real de Judá, este niño le quitó el trono y la vida, le aterra; y decreta con increíble audacia el exterminio de una generacion inocente. ¡Oh madres de Judá! ¡Cuál debia ser el estremecimiento de vuestras almas, cuando hasta falta valor al pensamiento y fuerza á la fantasía para figuraros abrazadas con las rodillas de los viles asesinos de vuestros hijos, pidiendo á grandes gritos la piedad ó la muerte! Resonar debían las calles, las plazas, los campos, los desiertos, con el ahullido penetrante del amor maternal sin esperanza. Los tigres y las panteras hubieran huido horrorizados de la vista de los satélites del mónstruo. Los tiernos párvulos, arrancados del regazo que los estrechaba, ó del pecho que los nutria, recibiendo la daga feroz que se hundia en su tierno cuerpecito, y espirando con las manecitas tendidas hácia la madre que cae de dolor. ¡Oh! con tal bárbarie debia inaugurarse la persecucion contra Jesucristo y su reinado.

Mas apartemos los ojos de esta escena de carnaje y de ferocidad inmensa, y fijemos por un momento en el resultado de esta atroz medida, que llena de luto y desesperacion la ciudad y las cercanías de Belen, y de aquella desolacion y espanto que caerán despues sobre ella, cuando las madres hambrientas y mas bárbaras que el mismo Heródes, devorarán á sus propios hijos. ¿Qué saca ese príncipe impío de abrevarse de inocente sangre? Esas rosas

nacientes, segadas en el umbral de su vida por la cuchilla del perseguidor; esas primeras víctimas de Cristo, ese tierno é inocente rebaño inmolado á su gloria, jugará con sus palmas y coronas inmarcesibles ante el altar eterno, como un cándido coro que precede al triunfo del cordero sin mancha, cuya sangre abre ya á estas almas puras las puertas del Eden inmortal. ¿Y Jesús? Jesús á quien solo busca, es el único que se le ha escapado. Entre esos arroyos de sangre, el Hijo de una Virgen, único objeto de tanta barbarie, sustráese solo de la crueldad del tirano, al modo que Moisés, figura de Jesucristo y libertador de su pueblo, escapó solo de los edictos inhumanos de un rey bárbaro y obeceado. Así lo canta la Iglesia que milita acá en la tierra, y ha tenido que luchar siempre oponiendo su mansedumbre y caridad inagotable á la ferocidad de tantos Heródes. La sangre de los párvulos de Belen es el primer arroyo de la sangre cristiana que ha de correr á torrentes por los suplicios y anfiteatros, atravesando todos los siglos por entre la cruel impiedad de los enemigos de la cruz, y que hemos visto llegar tambien hasta nuestro siglo; sangre que será siempre un vivo recuerdo de la derramada por el Redentor, precedida por la que manó de las inocentes venas de los santos niños.

No tardó este bárbaro príncipe en sufrir el castigo providencial de este crimen y de los muchos con que habia ya manchado sus manos. Suspicaz é inconstante, cambió muchas veces el orden de sucesion entre sus hijos. Odiado de los judíos, habia reunido los principales de la nacion con el designio de hacerlos inmolar en su último dia, á fin de que se llorase en toda la Judea en el momento de celebrarse sus funerales. Atacado por último de una horrible é incurable enfermedad, fué atormentado de inauditos dolores, y pereció como herido por la mano justiciera de la Providencia.

Mas ántes de pasar adelante, echemos una triste ojeada sobre los desterrados del Egipto. María no habia pasado aún por los horrores de la indigencia. ¡Cuántas privaciones, cuántas penas, á que no estaba acostumbrada la hija de los príncipes de Israel,

tendria que sufrir en el largo discurso de siete años de larga permanencia en aquel país del destierro! ¡Cuántos trabajos y fatigas costaria á ella y á su casto esposo procurarse el preciso sustento para su existencia miserable! Y aun este preciso sustento, ¡cuántas veces debió faltarles! Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, citado por Orsini, el Niño Jesús, acosado por el hambre, pidió pan á su Madre, que no podia darle otra cosa que sus lágrimas!

Ved ahí, pues, una série prolongada de dolores y de martirios para María, en los que apénas se fija la atencion. Y nótese de paso, y admírese la conducta de estos santos esposos, que nada hacen por sí mismos, y se dejan en todo conducir por Dios, quien parece que les haya abandonado hasta el último apuro. ¡Cuántos reparos parece se hallaban autorizados á hacer presentes, ya con respecto á sí mismos, ya mas aún con respecto á Jesús! ¡Oh abismo de humillacion, de obediencia y de conformidad! A pesar de las extremadas congojas que les rodean en Egipto, pobres, tristes, desamparados de todo humano socorro, no toman por sí mismos medida alguna para salir de allí, ni aún dirijen súplicas á Dios para que les acorte aquel destierro, y aguardan tranquilos que un ángel vuelva á anunciarles la voluntad de Dios. Muerto Heródes, y reinando su hijo Arquelao en la Judea, el ángel mismo que se habia aparecido á José para indicarle la huida, viene á aconsejarle la vuelta. «Levántate, le dice, toma al Niño y á su Madre, y vuelve al país de Israel, porque los que buscaban al Niño para quitarle la vida, ya no existen.» José obedeció al momento; pero habiendo sabido que Arquelao reinaba en la Judea, temió ir allí, y por otro aviso del cielo se retiró á Nazareth en la Galilea, en donde el nacimiento de Jesús no habia hecho tanto ruido como en Jerusalem. En Nazareth es donde pasó Jesús cerca de treinta años de su vida en el silencio y en el retiro, léjos de la vista de los hombres: allí vivia la familia santa en el trabajo y en la humildad, ennobleciendo las obras mas despreciadas, santificando la fatiga y los sudores arrancados por el trabajo, que el orgullo del

mundo mira con ojos de desprecio, y dando así á la vida mas oscura el poder secreto para llegar á una gloria y á una felicidad inmortales. El Cristo, Dios hecho hombre, se dignó conocer por sí mismo el hambre, el trabajo y la muerte, estas tres cosas contemporáneas de la humanidad, y las dejó subsistir despues de Él, á fin de hacernos conocer cómo se deben soportar para vencerlas un dia, y trocar todas estas necesidades humillantes [por otros tantos ilustres títulos á una vida mejor y mas durable. Pero volvamos á la inocente familia en su vuelta á Nazareth.

Los corazones de los dos castos esposos debieron ensancharse al divisar otra vez el país de Canaan, y ni aun se habla de las penalidades y fatigas del viaje, pues cuando se regresa á la patria, el gozo del corazón alegra las mismas penas y todo lo embellece la esperanza. Comparado aquel suelo idólatra y embrutecido en sus prácticas infames, con el pueblo, agreste sí, pero marcial y franco de Israel, ennoblecido por la pureza y gravedad de su culto, el interior de los santos esposos debía sentir aquel placer que solo reconoce el que ha llorado lejos de su patria cuando la vuelve á abrazar. La humilde familia, en medio de las sinceras felicitaciones de sus deudos, debió pensar en la reparacion de su casa por largo tiempo abandonada, restablecer el taller de José, único patrimonio que les quedaba. Jesus, jóven todavía, prestaba el auxilio de sus brazos en los trabajos de su padre representativo, y á costa de las mayores privaciones y fatigas, llegaron á procurarse lo precisamente necesario.

Jesus, que era fuente de toda ciencia, pues en Él residia la Divinidad, quiso sin embargo ocultar sus divinos resplandores bajo la corteza terrestre, y mostrarse en todo como los demas hombres. Así, pues, no desdeñó en su infancia el recibir las lecciones de su santa Madre, la cual con aquella dulzura que penetra á un tiempo en el pensamiento y en el corazón, le inculcaba los preceptos de la ley del Señor, y ensayaba sus tiernos lábios en cantar sus alabanzas. ¡Bello ministerio el de las madres el dar mezclada con el alimento del cuerpo, la leche pura de las primeras verdades que

nutren el espíritu! Entre los besos y las caricias maternales se inspiran con sencillez aquellas ideas sublimes que se arraigan en el corazón y que forman á los grandes hombres. El amor es el preceptor mas poderoso y persuasivo, y la madre á quien es dado el privilegio de amoldar, por decirlo así, el alma del hijo, en medio de los cuidados del cuerpo, puede hacerse muy digna delante de Dios, formando el espíritu del niño á los principios de la verdad y á los hábitos de la virtud, cooperando en cierto modo, con respecto á Dios, al perfeccionamiento de su obra. ¡Madres cristianas! ¡Grandes deberes os quedan que cumplir sobre la tierra, y grandes recompensas os aguardan!

El Niño Dios no necesitaba de la miserable ciencia de los hombres. Ademas, en la corrompida Sinagoga dominaba, como en nuestras escuelas, el espíritu de sutileza y de sofisma. No tardó muchos años en demostrar la mas cruel experiencia, cuán maliciosamente alterado se hallaba en aquellos orgullosos doctores el conocimiento de la ley, cuya natural interpretacion les ofuscaba la corrupcion de sus corazones. Dominaban en la Sinagoga diversas sectas y sistemas, injertos la mayor parte de los errores del gentilismo, y la clara luz del cumplimiento de las profecías se hallaba sofocada por las cavilaciones y por la terquedad del espíritu privado de cada uno, especie de protestantismo anticipado, que aun ántes de aparecer en su plenitud la verdad, procuraba desfigurarla en su espectacion. Los judíos, que niegan la divinidad de Jesus, le suponen en sus primeros años discípulo de un rabino célebre llamado Josué hijo de Perachia que habia estudiado con Akiva. Sin embargo, como observa el curioso Orsini, esta asercion es completamente inexacta, por cuanto Akiva, aunque muy célebre entre los judíos, no vivió hasta en el imperio de Adriano, mas de cien años despues de la muerte de Heródes y de Jesucristo. Los mismos judíos le reconocieron como á un jóven sin estudios, cuando, maravillados de verle discutir en el templo decian: “¿Cómo sabe éste las letras sagradas sin haber estudiado?” Y respondia Jesus: “Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado.”

El que vino, pues, para rectificar la ley y para dar luz al mundo, no podía ni debía necesitar de las miserables inspiraciones humanas, semejante á uno de los cedros del Líbano, que crecen espontáneos sin cultivo y sin ayuda alguna de la mano del hombre, y levantan por sí solos su erguida copa hasta las nubes como gigantes de los bosques. El alma de Jesus pasaba horas enteras absorta en la contemplacion de la naturaleza, comunicando con Dios acerca de los vastos designios que estaban destinados á su mision divina. La santa Madre le contemplaba y respetaba estas meditaciones profundas, en las cuales se interesaban los destinos del mundo; y aunque al considerar á este vencido y postrado ante su Hijo, su alma santa iba á entregarse al júbilo por aquel porvenir de gloria..... derrepente, dice Orsini, la profecía del anciano del templo, se presenta lúgubre como un ataúd en el fondo de esta perspectiva encantadora: un estremecimiento involuntario corría por las venas de la pobre Madre, y su corazón, que tanto ardía en el amor de Jesus, se deshacía en pesares infinitos. Gritábala una voz secreta: ¡Es necesaria una expiacion por medio de sangre, es preciso que muera el Cristo! Entónces, dejando el humilde trabajo á que le obligaba su indigencia, la Hija de David iba á buscar á su Hijo, pues tenia necesidad de verle, de asegurarse con un abrazo maternal que él estaba todavía allí, que vivía aún!

José y María iban todos los años de Nazareth á Jerusalem, para celebrar allí la fiesta de la Pascua, y hacian aquel viaje con mas libertad desde el destierro de Arquelao y la ocupacion de los romanos. Llegado Jesus á la edad de doce años, se lo llevaron consigo, partiendo junto con otras muchas familias nazarenas, formando varios grupos, segun la edad, el sexo y las relaciones de familia y amistad. Tal vez el jóven Jesus iba en compañía de otros muchachos de su edad, que con el tiempo debian ser sus apóstoles; pero ni en su conversacion afectaba aire de superioridad, ni de austeridad, ni de ciencia; pues lleno de todos los dones del cielo, nada tenia que afectar, y ántes bien, procuraba con noble candor y afabilidad templar el resplandor de sus penetrantes miradas

que profundizaban hasta el pensamiento, como templaba Moisés las rayos de su frente al salir del tabernáculo. Llegados despues de cuatro jornadas de camino, entre la afluencia de judíos extranjeros que de todas partes acudian, se reunieron para celebrar la comida pascual, y finida esta antigua ceremonia que recordaba tantas maravillas, se reunieron otra vez para regresar á su provincia; y como se seguía el mismo orden de la venida, no advirtieron los dos esposos la ausencia de Jesus, pues cada cual le creía en compañía del otro; hasta que llegada la noche, y reunidos en la posada todos los viajeros, se halló faltar el jóven Jesus. Déjase concebir cuánto fuese el dolor y la angustia de los afligidos esposos, pues aquella noche no tuvieron descanso, buscándole sin cesar por las llanuras y torrentes, y temiendo por su vida ó por su libertad. Al amanecer del dia siguiente volvieron á la ciudad santa, cuyos barrios recorieron sin reposo, hasta que fatigados entraron en el pórtico del templo, en donde se reunian los doctores de la ley, y en donde habia un niño que dejaba á todos asombrados con la profundidad de sus discursos y con la exactitud de sus respuestas, resolviendo las cuestiones mas difíciles con una facilidad admirable. Sentado en medio de aquella docta asamblea, les instruía en los puntos mas importantes de la ley, les enseñaba, no como maestro, pues no queria apartarse de la modestia que á los niños conviene, sino haciendo preguntas y dando respuestas tan luminosas y sabias, que tenian asombrados á todos los circunstantes.

Jesus hasta entónces tan obediente á sus padres, se oculta de ellos, les deja partir, y quedase en Jerusalem sin que ellos lo sepan. No se le ocultaba la inquietud que les causaria, sobre todo á su santa Madre. Sin embargo, Jesus se place en ser buscado por los que le aman; muchas veces abandona en apariencia á sus almas queridas, para probar mejor las ansias con que le buscan y le desean y purificarlas en el crisol de la perfeccion. Acéresele, pues, la Madre con un ademan de ternura mezclado de pesar, y le dice con dulzura: "Hijo mio; ¿por qué así te has portado con nosotros? Hé aquí tu padre y á mí que te buscábamos oprimidos de

pena y dolor." "¿Por que me buscáis? respondió secamente el Hijo de Dios, ¿no sabéis que debo ocuparme de lo que concierne al servicio de mi padre?" Misteriosa era la respuesta; y en aquel momento José y María no penetraron toda la extensión del sentido de aquellas palabras. La increpación de la madre estaba llena de ternura y tenía derecho para hacerla, y él, lejos de ofenderse, quedó por ella satisfecho. Una santa familiaridad con Jesús da ciertos derechos que no permitirían el amor ni el respeto. Las almas buenas le piden á veces con libertad las razones de la conducta que con ellas guarda; le hacen presente con humilde sencillez la afición que les causa, y él se complace con esta confianza, lejos de resentirse por ella. Dios no se parece á los hombres, para quienes son ménester ceremonias y precauciones. Gusta de aquel cierto atrevimiento que nace de la sencillez; y el lenguaje del amor que trata con él casi como un igual, le agrada mucho más que el comedido lenguaje del respeto. Pero este lenguaje y estas dulces reconvenciones no están permitidas sino á madres, á esposas, á hermanos, á hermanas de Jesucristo; es decir, como lo explica él mismo, á los que hacen en todo la voluntad de su Padre celestial. Esto es lo que autorizaba la santa libertad de María, mucho más que su título y su calidad de madre.

Más como en esa ocasión, no escuchando sino su afición maternal, consideró ella á Jesucristo tal vez con algún exceso según su naturaleza humana; su Hijo, que quería elevarla más á la consideración de su naturaleza divina, y darle la primera idea de las funciones que le había encargado su Padre para con los hombres, dió aquella respuesta á ella y á José. Como si les hubiese dicho: Vosotros debíais elevaros sobre lo que veis en mí de humano, considerar el ministerio para el cual me envió mi Padre á la tierra, y la necesidad en que me hallo de preferirlo á las más legítimas afecciones. Y acompaña estas palabras con un tono de gravedad y con un aire de majestad divina, que en un niño de su edad debió dar á conocer á cuantos le escuchaban, que había en él algo de extraordinario é infinitamente superior al hombre. De este modo se

manifestaba públicamente, bien que de una manera encubierta, por el Mesías; y esta contestación, añadida á los admirables discursos que habían precedido, daba mucho que pensar sobre su persona. Además, él quería preparar muy anticipadamente á su Madre á verle como le dejaría un día, y en algún modo desconociéndola, en todo el decurso de su predicación. De esta manera arrojaba los primeros rayos de aquella luz de la que llenó más tarde el templo, Jerusalem, la Judea y el mundo entero.

La humilde familia regresó solamente á Nazareth. Del hueco de este peñasco sin nombre, pobre mansión de José, fluyó el sencillo cristianismo, manantial oscuro, en expresión del señor Lamartine, gota de agua desconocida, en que dos pajaritos no hubieran podido apagar su sed, que un rayo de sol habría podido secar, y que en el día de hoy, semejante al gran Océano de los espíritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus aguas inagotables lo pasado, lo presente y lo venidero.

De la permanencia de Jesús bajo el techo de sus padres en Nazareth, nada dicen los libros santos, sino que les estaba sumiso. A esto se reduce la explicación de todos los medios con que preparaba el Hombre Dios el grande acontecimiento que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Con esta sumisión daba Jesús á todos los hijos el ejemplo de una obediencia respetuosa á las órdenes de sus padres. De otra parte José y María se portaban hacia él con una autoridad mezclada de veneración, sirviendo de modelo á aquellos que hallan bajo sus órdenes á hombres inferiores por su rango y superiores por el mérito. Este mando lleno de dulzura y de justicia, esta obediencia llena de alegría y de respeto, esta vida humilde, laboriosa y resignada, tal es el ejemplo dejado por la santa familia, para dispensar al rico de engreirse, al pobre de avergonzarse, á los poderosos de abusar de su fuerza, á los pequeños y á los débiles de desesperarse, á todos los hombres de colocar sobre la tierra el objeto final de sus esfuerzos. ¡Cosa digna de meditación y que nos enseña á estimar en su verdadero valor lo que se llama la gloria! En el silencio y en la oscu-